

Herbert Marcuse

EROS y
CIVILIZACIÓN

Traducción de Juan García Ponce

SARPE

Herbert
Marcuse

Eros y Civilización



sarpe

Dirección R B A Proyectos
Editoriales, S A

Título original Eros and civilization
A philosophical inquiry into Freud
Traducción Juan García Ponce

© 1953 Bacon Press, Boston

© 1965 Joaquín Mortiz

© 1968 Editorial Seix Barral, S A

© 1981 Ariel, S A

© Por la presente edición SARPE S A , 1983
Pedro Teixeira, 8 Madrid

Deposito legal M-38234-1983

ISBN 84-7291-568-9 (tomo 8 °)

ISBN 84-7291-559-X (obra completa)

Printed in Spain - Impreso en España

Imprime Altamira, S A

Herbert Marcuse

- 1898 Nacimiento de Herbert Marcuse, en Berlín, el 19 de julio, en el seno de una familia judía alemana.
- 1919 Abandona el Partido Socialdemócrata tras el asesinato de Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht.
- 1922 Concluye sus estudios filosóficos en la Universidad de Friburgo, donde ha sido alumno de Husserl y de Heidegger.
- 1930 Participa en la fundación del Instituto de Investigación Social de Frankfurt, donde tendrá por colegas a Max Horkheimer, Frederick Pollock, Leo Lowenthal, Erich Fromm, Franz Neumann y Theodor Adorno.
- 1932 Publica su primer libro: *Ontología de Hegel y teoría de la historicidad*.
- 1933 Tras la subida de Hitler al poder se exilia en Ginebra primero y luego en Francia.
- 1936 Aparece en París *Estudios sobre la autoridad y la familia*, libro editado bajo la dirección de Max Horkheimer y en el que Marcuse ha colaborado.
- 1937 Junto con Theodor Adorno se establece en Estados Unidos. Lee profundamente a Freud.
- 1941 Después de adquirir la nacionalidad norteamericana, publica *Razón y revolución. Hegel y el nacimiento de la teoría social*.

1942 Ingresa en la Oficina de Investigación de Inteligencia del gobierno norteamericano, cuya sección europea pasará a dirigir.

1951 Es contratado como profesor de filosofía por la Universidad de Columbia.

1953 Publica *Eros y civilización*. Es contratado por la Universidad de Harvard, donde permanecerá durante un curso impartiendo clases de filosofía.

1958 Escribe *El marxismo soviético*, donde critica la desnaturalización del pensamiento de Marx en la Unión Soviética.

1964 Publica *El hombre unidimensional. Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*.

1965 Enseña filosofía política en la Universidad de California, en San Diego. Entre sus discípulos figura la activista de color Angela Davis. El nombre de Marcuse se asociará a partir de este año al de los más conspicuos ideólogos del movimiento estudiantil americano y europeo.

1967 Escribe *El final de la utopía*, ensayo sobre el poder de contestación de las minorías en las sociedades de capitalismo avanzado.

1969 Publica *Ideas para una teoría crítica de la sociedad*, a la que seguirá tres años más tarde *Contrarrevolución y revuelta*, balance de la experiencia política desarrollada por los movimientos estudiantiles.

1979 El 29 de julio, muere Herbert Marcuse, en Starnberg, República Federal Alemana.

Eros y civilización

La reflexión sobre la obra de Freud ocupa un lugar central en el pensamiento de Herbert Marcuse, que, según confesión propia, llegó a interesarse por el psicoanálisis a finales de los años treinta, en la época en que la guerra civil española, las aberraciones del estalinismo y el auge de los totalitarismos en Europa le condujeron, como a tantos otros intelectuales europeos de izquierda, a una constatación de las insuficiencias de las teorías de Marx. Pero los avatares de la emigración y de la segunda guerra mundial retardaron esta «investigación filosófica sobre Freud» que es *Eros y civilización*, la cual apareció en su primera edición en 1953.

Existen en el psicoanálisis dos vertientes que Freud separó siempre cuidadosamente; una es la vertiente terapéutica, de base científica, destinada a la curación de las neurosis, que conlleva una metodología y una teoría psicológicas; la otra es una vertiente *filosófica*, que comprende las hipótesis que Freud derivó de su experiencia clínica y que las erigió como tentativas de un análisis de la cultura. Esta última vertiente creció en importancia en los últimos años de la vida del fundador del psicoanálisis, y suele denominarse «metapsicología freudiana». Su riqueza es tal en cuanto a capacidad crítica de la cultura (o de la civilización, términos que Marcuse utiliza indistintamente), que algunos de los más importantes proyectos de revisión de la teoría psicoanalítica posteriores a la muerte de Freud se han definido con relación a esta metapsicología, ya sea porque

ha sido abandonada por el psicoanálisis oficial o rechazada por los llamados «neofreudianos» por su «biologismo»; ya sea porque su base filosófica ha permitido potenciar aspectos ocultos del propio psicoanálisis. Y esta es justamente la labor que emprendió Marcuse en *Eros y civilización*, tratando de responder a la pregunta de si es posible una civilización no represiva, más allá de la negativa del propio Freud a tal cuestión, y partiendo desde la propia teoría freudiana, de su «tendencia oculta».

El pesimismo de Freud se basaba en una constatación expresa en *El malestar de la cultura*: «Si la civilización es un inevitable curso de desarrollo desde el grupo de la familia hasta el grupo de la humanidad como conjunto, una intensificación del sentido de culpa —resultado del innato conflicto de ambivalencia, de la eterna lucha entre la inclinación hacia el amor y la muerte—, estará inextricablemente unido con él, hasta que quizá el sentido de culpa alcance una magnitud que los individuos difícilmente puedan soportar». De lo que se deduce que para Freud la felicidad no tenía el rango de valor cultural. Pero, ¿de dónde surge esta culpa, este «pecado original» que se reproduce desde los orígenes de la Humanidad y que pesa como una maldición en cada generación? Surge de una transgresión social, que Freud explicó mediante la hipótesis de la horda primitiva. En ésta un individuo, el padre, se impuso a los otros, y a fin de garantizar la cohesión de la horda, organizada en la dominación, impuso una serie de restricciones: monopolizó a las mujeres —es decir, el placer— y estableció en consecuencia unos tabúes y unos deberes hacia la comunidad —fundamentalmente el de-

ber del trabajo a fin de satisfacer las necesidades del grupo—. Pero los hijos se rebelaron contra los tabúes que impedían la obtención del placer y contra los deberes penosos. La rebelión culminó con el asesinato del padre, que fue sustituido por el clan fraterno, pero éste, a fin de asegurar la cohesión del grupo, mantuvo las prohibiciones, los tabúes que el padre había implantado. El crimen primario había producido un sentimiento de culpabilidad y éste, a su vez, había llevado a una restauración de la autoridad por momentos suprimida. En este momento nació, según Freud, la civilización, indeleblemente unida a esta culpa original, que se reproduce a escala ontogenética y filogenética, en cada individuo y en cada generación. El instinto de muerte, la agresión que de él se deriva, acabó con la dominación del padre, pero el remordimiento que produjo el amor que los hijos sentían por el padre (recuérdese la innata ambivalencia antes referida por Freud) creó el super-ego (superyó).

Esto da pie, a Marcuse, a organizar un recorrido por la conocida tópica freudiana, los tres ámbitos que definen el aparato psíquico humano: el *id* o *ello*, representación del mundo instintivo, atemporal, y que emerge en la metapsicología freudiana como principio del placer, y el *ego* o *super-ego* (*yo* o *superyó*); el primero como mediación en el tiempo de las exigencias instintivas del *id*, que pugnan por el placer (que en sentido freudiano significa, de modo amplio, disminución del malestar o del dolor, o ausencia de tensión, es decir liberación de una concentración de energía o libido) y de las instancias represoras del super-ego, ámbito de internalización de las normas sociales, de la culpa, y que se

reproduce socialmente de generación en generación. La mediación del ego con el id y con el super-ego se produce al amparo del principio de realidad, concreción de aquellas partes que el yo puede llegar a realizar entre las demandas imperiosas del id y las instancias castigadoras del super-ego.

En la metapsicología freudiana, Freud englobó estos aspectos en un principio dual: Eros y Tánatos. El primero es un instinto que comprende tanto los instintos sexuales como aquellas fuerzas sublimadas, originariamente instintivas, que han sido, por tanto, desviadas de sus fines pero al servicio de la cultura (el arte sería el mejor ejemplo de esfuerzo sublimado). Tánatos subsistiría en su seno los instintos de destrucción, la relación entre ambos es la dialéctica: el Eros puede ser destructor con el fin de imponer sus condiciones y Tánatos aspira a la quietud última, la de la materia inorgánica, en la que la ausencia de placer es total, pero también lo es la de dolor. La civilización, según Freud, se ha creado mediante esta eterna lucha entre instintos de vida contra instintos de muerte. Una parte de la vida instintiva ha sido sublimada; otra, meramente desexualizada en aras del principio de realidad, es decir reprimida. Como que el trabajo es generalmente doloroso, funciona *a contrario* del principio de placer. La civilización se basa así en una renuncia a la vida instintiva. Pero esta represión de los instintos sexuales —inclusive los agresivos, de los que Eros extrae también energía para canalizarla en obras de cultura, en trabajo— termina por hacer fracasar la obra misma de Eros. El callejón sin salida de la civilización radica en que por un lado debe reprimir los instintos sexuales, pero por otro esta

represión fortalece los instintos destructivos que terminan por escapar del dominio de Eros. En consecuencia esta civilización reprimida y represora es incapaz de controlar la agresividad que genera. Esta cada vez es mayor, puesto que el progreso de la civilización ha sido precisamente progreso en la renuncia instintiva, en las defensas individuales y sociales aplicadas a frenar los instintos de la sexualidad. En consecuencia la culpa, como afirmaba Freud, es cada vez mayor, puesto que mayor es la destructividad que genera la civilización en su progreso.

Después de esta esquemática síntesis de la metapsicología freudiana y del pesimismo que de ella deriva, quizá pueda entenderse mejor el proyecto de Marcuse al escribir *Eros y civilización*. Se trataba de recorrer este pesimismo freudiano desde dentro de la misma teoría y ver si ésta podía permitir un desarrollo distinto que condujera a pensar una salida para este camino imparable de la civilización hacia su irracionalidad total. Puesto que las categorías freudianas son ahistóricas, se hacía necesario revisar la teoría freudiana enmarcándola históricamente. Y dado que el individuo es, a su vez, una noción abstracta en su autonomía, era posible partir de una equivalencia entre categorías psicológicas y categorías políticas —«los términos de la psicología llegan a ser los términos de las fuerzas sociales que definen la psique»—. En suma, era necesario y posible establecer una mediación entre psicoanálisis y marxismo que ampliara el campo de la «teoría crítica de la sociedad», tal como la definiera en su día Max Horkheimer como directriz de las investigaciones de la Escuela de Frankfurt. De esta reinterpretación de Freud a la luz

del marxismo surgen dos aportaciones, que son, con mucho, lo más original de *Eros y civilización*. La primera de ellas es el concepto de represión sobrante (*surplus repression*). La segunda, la modificación del principio de realidad freudiano mediante la incorporación de lo que Marcuse llama *principio de actuación*.

La represión sobrante es un principio económico que se refiere a la cantidad de energía libidinosa que se desvía de sus fines, más allá de la estricta represión de los instintos necesaria para que exista la civilización. El *surplus* es una cuota adicional y monstruosa que la humanidad paga porque la sociedad está estructurada bajo la dominación. Y ésta, históricamente hablando, es la dominación del capital. Esta represión sobrante, que se adiciona a través de los medios de reproducción social de la dominación —familia, escuela, etc.— ha llegado, según Marcuse, al paroxismo de las sociedades de capitalismo avanzado en las que a una trabajo alienante, no gratificador, se superpone el control del tiempo libre, último reducto en el que antaño el principio del placer encontraba su —parcial— plasmación.

El principio de actuación es la forma histórica concreta que para Marcuse toma el principio de realidad. Este, al igual que el principio de placer, rige el funcionamiento mental del individuo, pero está enmarcado bajo el capitalismo en unas formas cualitativamente distintas que tienen por base la cosificación. Bajo las instancias de la producción en el capitalismo el individuo ha debido constreñir su sexualidad a la organización meramente genital, que concentra la libido a fin de potenciar el resto del cuerpo como un instrumento de trabajo. El principio de actuación ha despojado así

al organismo de sus zonas erógenas, pregenitales, que están al servicio de una sexualidad no productiva ni concorde con la organización social específica del trabajo y de la familia. En este sentido, y al igual que la represión sobrante, el principio de actuación no está indisolublemente ligado a la cultura, y una nueva organización de ésta permitiría establecer un principio de realidad que restringiera mucho menos el principio de placer. Se haría posible entonces, para Marcuse, la reactivación de la sexualidad poliforma y narcisista que caracteriza la vida infantil, mediante una sublimación no represiva, que permitiría llegar incluso a una sublimación sin desexualización. El instinto, no desviado de su aspiración, quedaría «gratificado en actividades y relaciones que no son sexuales en el sentido de la sexualidad genital «organizada» y (que) sin embargo son libidinales y eróticas». Pero para ello sería necesario la disolución del trabajo enajenado y que el organismo existiera «como un sujeto de auto-realización». J

Marcuse encuentra que las sociedades de capitalismo avanzado han llegado a una plenitud de recursos intelectuales y materiales que hace no utópica la construcción de una civilización no represiva. En esta civilización Eros haría definitivamente que «la muerte dejara de ser una meta instintiva» y desligaría esta infernal relación entre instinto de muerte y necesidad de culpa.

El autor en el tiempo

Antecedentes Marcuse, que tuvo a Husserl y a Heidegger por maestros en Friburgo de Brisgovia, se inscribió, en sus inicios como pensador, en la tradición posthegeliana del idealismo alemán, en esa línea filosófica que, aplicando la fenomenología a las cuestiones ontológicas, indagó sobre el ser en sí mismo, después de que Hegel hubiera pensado las manifestaciones del ser en su totalidad. A esta primera filiación del pensamiento marcusiano se superpuso luego la influencia central de Marx a través de un libro clave para los intelectuales de izquierda del período europeo de entreguerras: la *Historia y conciencia de clase*, de Georg Lukács. Posteriormente, en 1932, la edición de los *Manuscritos económico-filosóficos* de Marx vino a reforzar en Marcuse la raíz hegeliana y marxista.

De Heidegger a Freud pasando por Hegel y, sobre todo, Marx: ésta es la línea en que se fundamenta la obra de Marcuse, siempre de la mano de una dialéctica que abraza al sujeto-objeto, que establece una mediación entre cuerpo y espíritu. Marcuse rechazó, en consecuencia, tanto la tradición existencialista que arranca de Kierkegaard y que establece una libertad interior como cosa dada, como el positivismo, cuya veneración por los datos factuales consideró acrítica. El pensamiento sólo puede ser dialéctico; no puede excluir de

su lógica la contradicción. El hombre y la naturaleza existen en condiciones diferentes de lo que realmente son y esta alienación sólo puede ser entendida desde un pensamiento negativo. Esto es lo que inicialmente hizo Hegel, pero traicionó su propia dialéctica al identificar razón y realidad. Marx reorientó, en cambio, este filosofar negativo, condición esencial para descubrir el drama de la existencia humana. De ahí que Marx se sitúe en el centro del pensamiento de Marcuse y de que éste se considerara continuador de sus tesis.

La influencia de Freud, plasmada como se ha visto en *Eros y civilización*, es el último de los eslabones culturales en que se engarza la figura de Marcuse. Si Freud, por un lado, venía a prolongar la crítica marxista de la sociedad, por otro ofrecía un núcleo dialéctico en sus teorías que se adaptaba perfectamente a las características del pensamiento de Marcuse.

Su época Las tesis contenidas en *Eros y civilización*, en particular la del aumento de la capacidad destructiva de la Humanidad, surgieron como reflexión sobre la barbarie del siglo XX. La vida de Marcuse estuvo enmarcada en dos guerras mundiales, las más mortíferas de la Historia. El poder de Tánatos, además, acrecentó con el fracaso de las revoluciones: la alemana, que el joven Marcuse vivió de cerca como miembro del Partido socialdemócrata, y la rusa, que derivó hacia un régimen político que traicionó la herencia de Marx (aspecto éste puesto de relieve en *El marxismo soviético*).

La actitud de Marcuse frente a estos acontecimientos fue militante; no en vano se distinguió por ello entre los filósofos de la Escuela de Frankfurt, más académicos.

micos y distantes frente a los hechos. Pese a compartir con ellos el mismo objetivo —que Horkheimer definiera como el de una crítica total de la cultura, más allá de la crítica marxista clásica, enfocada hacia la praxis revolucionaria—, Marcuse no regresó a Alemania después de la Segunda Guerra Mundial y desarrolló su trabajo en Estados Unidos, la más avanzada de las sociedades capitalistas. *Eros y civilización* y *El hombre unidimensional* serían inexplicables, como él mismo afirmara, sin el Horkheimer y el Adorno de la *Dialéctica de la Ilustración*; pero tampoco podrían ser comprendidas sin este contacto con la vanguardia de las sociedades industriales.

Esta presencia viva de Marcuse en los problemas de su tiempo es la que explica la gran incidencia que sus teorías obtuvieron en los años sesenta en el movimiento estudiantil de Occidente. La crítica a la sociedad de consumo, la rebelión contra el autoritarismo encubierto en el orden democrático burgués, la lucha por una liberación erótica que debía cambiar la *vida*, etc., formaron parte de la ideología de los estudiantes americanos y europeos, que convirtieron a Marcuse en uno de sus teóricos representantes. «Creo que los estudiantes —afirmó entonces el autor de *Eros y civilización*— se rebelan contra todo nuestro modo de vida, que rechazan las ventajas de esta sociedad, así como sus males, y que aspiran a un modo de vida radicalmente nuevo: a un mundo donde la concurrencia, la lucha de las personas entre ellas, el engaño, la crueldad y la represión no tendrían razón de ser.»

Con *El final de la utopía*, casi contemporáneo del Mayo francés de 1968, Marcuse afirmó el poder de con-

testación de las minorías, las únicas que, a su parecer, podían llegar a crear una situación auténticamente revolucionaria en el seno de las sociedades del bienestar, y preconizó la creación de una «Nueva Izquierda» capaz de conducir al socialismo sin caer en las aberraciones del estalinismo.

Influencia posterior Pero Marcuse murió casi olvidado. La crisis económica que se cernió en el mundo capitalista a partir de 1973 acabó por desintegrar la dinámica de los movimientos radicales de la década anterior, y el que fuera erigido como teórico de la revuelta estudiantil pasó inadvertido durante los últimos años de su vida. Sin embargo, conviene no olvidar que la obra de este filósofo alemán nacionalizado norteamericano es anterior a dicha revuelta y que ella misma comprende una profunda reflexión sobre la astuta capacidad de integración del sistema establecido, de su fuerza para corromper todo aquello que se le opone.

El legado de Marcuse, la influencia que su obra pueda deparar en el futuro se centrará a buen seguro en la idea de que existe un camino para evitar que la civilización se autoaniquile. La memoria entonces —esta facultad revolucionaria para Marcuse en tanto que renueva el recuerdo del goce pasado— quizá rescate del olvido a este filósofo que dentro del pesimismo que le impuso el tiempo en el que le tocó vivir pensó en cómo podría la humanidad liberarse a fin de hacer posible el máximo valor cultural, la felicidad.

Bibliografía

De Marcuse

La agresividad en la sociedad industrial avanzada. Madrid, Alianza Editorial, 1971.

1 *Calas en nuestro tiempo. Marxismo y feminismo. Teoría y praxis. La nueva izquierda.* Barcelona, Icaria, 1976.

La dimensió estètica. Barcelona, Edicions 62, 1982.

Ensayos sobre política y cultura. Barcelona, Editorial Ariel, 1970.

Ética de la revolución. Madrid, Taurus, 1969.

Filosofía i política. Barcelona, Edicions 62, 1971.

El final de la utopía. Barcelona, Ediciones Ariel, 1968.

El hombre unidimensional. Barcelona, Seix Barral, 1969.

El marxismo soviético. Madrid, Alianza Editorial, 1969.

Ontología de Hegel y teoría de la historicidad. Barcelona, Ediciones Martínez Roca, 1976.

Per una nova definició de cultura. Barcelona, Edicions 62, 1971.

Psicoanálisis y política. Barcelona, Península, 1969.

Razón y revolución. Madrid, Alianza Editorial, 1971.

Sobre Marcuse

- ADORNO, TH., y DIRKS, W.: *Freud en la actualidad*. Barcelona, Barral Editores, 1971.
- CARANDELL, J. M.: *La protesta juvenil*. Barcelona, Salvat Editores, 1973.
- CASTELLET, J. M.: *Lectura de Marcuse*. Barcelona, Edicions 62, 1969.
- GORZ, A., y otros.: *Marcuse ante sus críticos*. Barcelona, Grijalbo, 1970.
- HAESLER, A.: *El odio en el mundo actual*. Madrid, Alianza Editorial, 1973.
- PERROUX, F.: *Perroux interroga a Marcuse*. Barcelona, Nova Terra, 1969.
- ROBINSON, P. A.: *La izquierda freudiana*. Buenos Aires, Granica Editor, 1971.

En memoria de
SOPHIE MARCUSE
1901-1951

PRIMERA PARTE

BAJO EL DOMINIO
DEL PRINCIPIO DE LA
REALIDAD

I. LA TENDENCIA OCULTA EN EL PSICOANALISIS

EL concepto del hombre que surge de la teoría freudiana es la acusación más irrefutable contra la civilización occidental —y al mismo tiempo, es la más firme defensa de esta civilización—. De acuerdo con Freud, la historia del hombre es la historia de su represión. La cultura restringe no sólo su existencia social, sino también la biológica, no sólo partes del ser humano, sino su estructura instintiva en sí misma. Sin embargo, tal restricción es la precondition esencial del progreso. Dejados en libertad para proseguir sus objetivos naturales, los instintos básicos del hombre serían incompatibles con toda asociación y preservación duradera: destruirían inclusive lo que unen. El Eros incontrolado es tan fatal como su mortal contrapartida: el instinto de la muerte. Sus fuerzas destructivas provienen del hecho de que aspira a una satisfacción que la cultura no puede permitir: la gratificación como tal, como un fin en sí misma, en cualquier momento. Por tanto, los instintos deben ser desviados de su meta, inhibidos en sus miras. La civilización empieza cuando el objetivo primario —o sea, la satisfacción integral de las necesidades— es efectivamente abandonado.■

Las vicisitudes de los instintos son las vicisitudes del aparato mental en la civilización. Los impulsos animales se transforman en instintos humanos bajo la influencia de la realidad externa. Su «localización» original en el organismo y su dirección básica sigue siendo la misma, pero sus objetivos y sus manifestaciones están sujetos a cambio. Todos los conceptos psicoanalíticos (sublimación, identificación, proyección, represión, introyección) implican la mutabilidad de los instintos. Pero la realidad que da forma a los ins-

tintos, así como a sus necesidades y satisfacciones, es un mundo socio-histórico. El animal hombre llega a ser un ser humano sólo por medio de una fundamental transformación de su naturaleza que afecta no sólo las aspiraciones instintivas, sino también los «valores» instintivos —esto es, los principios que gobiernan la realización de estas aspiraciones. El cambio en el sistema de valores vigente puede ser definido provisionalmente como sigue:

de:

satisfacción inmediata
 placer
 gozo (juego)
 receptividad
 ausencia de represión

a:

satisfacción retardada
 restricción del placer
 fatiga (trabajo)
 productividad
 seguridad

Freud describió este cambio como la transformación del *principio del placer en el principio de la realidad*. La interpretación del «aparato mental» en términos de estos dos principios es básica para la teoría de Freud y sigue siéndolo a pesar de todas las modificaciones de la concepción dualista. Corresponde en gran parte (pero no por completo) a la diferenciación entre procesos inconscientes y conscientes. *El individuo existe, como quien dice, en dos dimensiones diferentes, caracterizadas por procesos mentales y principios diferentes. La diferencia entre estas dos dimensiones es genética-histórica tanto como estructural: el inconsciente, regido por el principio del placer, abarca «los más viejos procesos primarios, los residuos de una fase de desarrollo en la cual eran la única clase de proceso mental». No luchan más que por «obtener placer; ante cualquier operación que*

puede provocar desagrado ('dolor') la actividad mental retrocede» (1). Pero el principio del placer irrestringido entra en conflicto con el ambiente natural y humano. El individuo llega a la traumática comprensión de que la gratificación total y sin dolor de sus necesidades es imposible. Y después de esta experiencia de frustración, un nuevo principio de funcionamiento mental gana ascendencia. El principio de la realidad invalida el principio del placer: el hombre aprende a sustituir el placer momentáneo, incierto y destructivo, por el placer retardado, restringido, pero «seguro» (2). De acuerdo con Freud, a través de esta perpetua conciliación por medio de la renunciación y la restricción, el principio de la realidad «protege más que «destrona», modifica antes que negarlo, el principio del placer.

Sin embargo, la interpretación psicoanalítica revela que el principio de la realidad provoca un cambio no sólo en la forma y duración del placer, sino en su misma sustancia. El ajustamiento del placer al principio de la realidad implica la subyugación y desviación de las fuerzas destructivas de la gratificación instintiva, de su incompatibilidad con las normas y relaciones sociales establecidas, y, por lo mismo, implica la transustanciación del placer mismo.

Con la institución del principio de la realidad, el ser humano que, bajo el principio del placer, ha sido apenas un poco más que un conjunto de impulsos animales, ha llegado a ser un ego organizado. Lucha por «lo que es útil» y lo que puede ser obtenido sin daño para sí mismo y su ambiente vital. Bajo el principio de la realidad, el ser humano desarrolla la función de la *razón*: aprende a «probar» la realidad, a distinguir entre bueno y malo, verdadero y falso, útil y nocivo. El hombre adquiere las facultades de atención, memoria y juicio. Llega a ser un *sujeto* consciente, pensante, engranado a una racionalidad que le es impuesta desde afuera. Sólo una forma de actividad de pensamiento es «dejada fuera» de la nueva organización del aparato mental y permanece libre del mando del principio de la realidad: la *fantasía* está «protegida de las alteraciones culturales» y permanece

(1) *Los dos principios del suceder psíquico en Collected Papers (C.P.)*, IV, 14

(2) *Ibid.*, p 18

ligada al principio del placer. Por lo demás, el aparato mental está efectivamente subordinado al principio de la realidad. La función de las «descargas motoras» que, bajo la supremacía del principio del placer, han «servido para liberar al aparato mental de los acrecentamientos de estímulos», son empleados ahora en la «apropiada alteración de la realidad»: son convertidas en *acción*. (3).

El ámbito de los deseos del hombre y los instrumentos de su gratificación son aumentados inconmensurablemente así, y su habilidad para alterar la realidad conscientemente de acuerdo con lo «que es útil» parece prometer la superación gradual de las barreras ajenas a su gratificación. Sin embargo, ni sus deseos ni su alteración de la realidad conscientemente de acuerdo con lo «que es útil» parece prometer la superación gradual de las barreras ajenas a su gratificación. Sin embargo, ni sus deseos ni su alteración de la realidad son de ahí en adelante los suyos: ahora están «organizados» por su sociedad. Y esta «organización» reprime y transustancia sus necesidades instintivas originales. Si la ausencia de represión es el arquetipo de la libertad, la civilización es entonces la lucha contra esta libertad.

La sustitución del principio del placer por el principio de la realidad es el gran suceso traumático en el desarrollo del hombre —en el desarrollo del género (filogénesis) tanto como en el individuo (ontogénesis)—. De acuerdo con Freud, este suceso no es único, sino que se repite a través de la historia de la humanidad y en cada individuo. Filogenéticamente, ocurrió primero en la *horda original*, cuando el *padre original* monopolizaba el poder y el placer y obligaba a la renunciación a los hijos. Ontogenéticamente, ocurre durante el período de la primera infancia, cuando la sumisión al principio de la realidad es impuesta por los padres y otros educadores. Pero, tanto en el nivel genérico como en el individual, la sumisión se reproduce continuamente. El mando del padre original es seguido, después de la primera rebelión, por el mando de los hijos, y el clan de hermanos se desarrolla como dominación social y política institucionalizada. El principio de la realidad se materializa en un sistema de instituciones. Y el individuo, creciendo dentro de tal sis-

(3) *Ibid*, p. 16

tema, aprende los requerimientos del principio de la realidad como los de la ley y el orden, y los transmite a la siguiente generación.

El hecho de que el principio de la realidad tiene que ser restablecido continuamente en el desarrollo del hombre indica que su triunfo sobre el principio del placer no es nunca completo y nunca es seguro. En la concepción freudiana, la civilización no determina «un estado de la naturaleza» de una vez y para siempre. Lo que la civilización domina y reprime —las exigencias del principio del placer— sigue existiendo dentro de la misma civilización. El inconsciente retiene los objetivos del vencido principio del placer. Rechazado por la realidad externa o inclusive incapaz de alcanzarla, la fuerza total del principio del placer no sólo sobrevive en el inconsciente, sino también afecta de muchas maneras a la misma realidad que ha reemplazado al principio del placer. El *retorno de lo reprimido* da forma a la historia prohibida y subterránea de la civilización. Y la explotación de esta historia revela no sólo el secreto del individuo, sino también el de la civilización. La psicología individual de Freud es en su misma esencia psicología social. La represión es un fenómeno histórico. La efectiva subyugación de los instintos a los controles represivos es impuesta no por la naturaleza, sino por el hombre. El padre original, como el arquetipo de la dominación, inicia la reacción en cadena de esclavitud, rebelión y dominación reforzada que marca la historia de la civilización. Pero siempre, desde la primera restauración prehistórica de la dominación que sigue a la primera rebelión, la represión desde afuera ha sido sostenida por la represión desde adentro: el individuo sin libertad introyecta a sus dominadores y sus mandamientos dentro de su propio aparato mental. La lucha contra la libertad se reproduce a sí misma, en la psique del hombre, como la propia represión del individuo reprimido, y a su vez su propia represión sostiene a sus dominadores y sus instituciones. Es esta dinámica mental la que Freud revela como la dinámica de la civilización.

De acuerdo con Freud, la modificación represiva de los instintos bajo el principio de la realidad es reforzada y sostenida por la «eterna, primordial lucha por la existencia... persistente hasta la actualidad». La escasez (*Lebensnot, manke*) le enseña al hombre que no puede gratificar libre-

mente sus impulsos instintivos, que no puede vivir bajo el principio del placer. El motivo de la sociedad al reforzar la decisiva modificación de la estructura instintiva es así «económico: puesto que no tiene los medios suficientes para sostener la vida de sus miembros sin que éstos trabajen por su parte, debe vigilar que el número de estos miembros sea restringido y sus energías dirigidas lejos de las actividades sexuales y hacia su trabajo» (4).

Esta concepción es tan vieja como la civilización y ha proporcionado siempre la más efectiva racionalización para la represión. En gran parte, la teoría de Freud parte de esta racionalización: Freud considera «eterna» la «primordial lucha por la existencia» y, por tanto, cree que el principio del placer y el principio de la realidad son «eternamente» antagónicos. La idea de que una civilización no represiva es imposible es una piedra central de la teoría freudiana.⁴ Sin embargo, su teoría contiene elementos que rompen esta racionalización; hacen temblar la tradición predominante del pensamiento occidental e inclusive sugieren su trastocamiento. Su obra se caracteriza por una incomprometida insistencia en revelar el contenido represivo de los más altos valores y logros de la cultura. En tanto que hace esto, niega la ecuación de la razón con la represión sobre la que está construida la ideología de la cultura. La metapsicología de Freud es un intento continuamente renovado de develar, e interrogar, la terrible necesidad de la conexión interior entre civilización y barbarie, progreso y sufrimiento, libertad e infelicidad —una conexión que se revela a sí misma finalmente como aquella existente entre Eros y Tanatos—. Freud interroga a la cultura no desde un punto de vista romántico o utópico, sino sobre la base del sufrimiento y la miseria que su utilización implica. La libertad cultural aparece así a la luz de la falta de libertad, y el progreso cultural a la luz del constreñimiento. La cultura no es refutada por esto: la falta de libertad y las restricciones son el precio que debe ser pagado.

Pero en tanto Freud expone la dimensión y la profundidad de la falta de libertad y las restricciones, descubre las aspiraciones de la humanidad convertidas en tabús: la de-

(4) *Introducción al psicoanálisis*, p. 273.

manda por un estado en el que la libertad y la necesidad coincidan. Cualquiera que sea la libertad que existe en el campo de la conciencia desarrollada, y en el mundo que ha creado, es sólo derivativa, es una libertad comprometida, obtenida a expensas de la total satisfacción de las necesidades. Y en tanto que la total satisfacción de las necesidades es la felicidad, la libertad en la civilización es esencialmente antagónica de la felicidad: envuelve la modificación represiva (*sublimación*) de la felicidad. Recíprocamente, el inconsciente, el más profundo y antiguo lecho de la personalidad mental, es el impulso hacia una gratificación integral, que es la ausencia de la privación y la represión. Como tal es la inmediata identificación entre necesidad y libertad. De acuerdo con la concepción de Freud la ecuación de libertad y felicidad convertida en tabú por el consciente, es sostenida por el inconsciente. Su verdad, aunque rechazada por el consciente, sigue fascinando a la mente; preserva el recuerdo de estados pasados del desarrollo individual en los que la gratificación integral es obtenida. Y el pasado sigue imponiendo exigencias sobre el futuro: genera el deseo de que el paraíso sea creado obra vez sobre la base de los logros de la civilización.

Si la memoria se mueve hacia el centro del psicoanálisis como una forma de *conocimiento* decisiva, es por algo mucho más importante que un mero recurso terapéutico; el valor terapéutico de la memoria se deriva del *verdadero valor* de la memoria. Su verdadero valor yace en la específica función de la memoria de preservar promesas y potencialidades que son traicionadas e inclusive proscritas por el individuo maduro, civilizado, pero que han sido satisfechas alguna vez en su tenue pasado y nunca son olvidadas por completo. El principio de la realidad restringe la función cognoscitiva de la memoria —su relación con la pasada experiencia de la felicidad que despierta el deseo de su recreación consciente—. La liberación psicoanalítica de la memoria hace estallar la racionalidad del individuo reprimido. En tanto el conocimiento da lugar al re-conocimiento, las prohibidas imágenes e impulsos de la niñez empiezan a decir la verdad que la razón niega. La regresión asume una función progresiva. El pasado redescubierto proporciona niveles críticos que han sido convertidos en tabús por el presente. Más aún, la restauración de la memoria está acompañada de la restauración

del contenido cognoscitivo de la fantasía. La teoría psicoanalítica elimina estas facultades de la esfera libre de compromiso del soñar despierto y la ficción y recaptura sus verdades estrictas. El peso de estos descubrimientos debe destrozarse con el tiempo el marco dentro del que fueron hechos y al que fueron confinados. La liberación del pasado no termina con la reconciliación con el presente. Contra el restringimiento personalmente impuesto del descubridor, la orientación hacia el pasado tiende hacia una orientación hacia el futuro. *La recherche du temps perdu* llega a ser el vehículo de la futura liberación (5).

La discusión subsecuente estará centrada en esta tendencia oculta en el psicoanálisis.

El análisis de Freud de desarrollo del aparato mental represivo procede en dos niveles:

- a) Ontogenético: el crecimiento del individuo reprimido desde la primera infancia hasta su existencia social consciente.
- b) Filogenético: el crecimiento de la civilización represiva desde la horda original hasta el estado civilizado totalmente constituido.

Los dos niveles están continuamente interrelacionados. Esta interrelación está resumida en la idea de Freud acerca del retorno de la represión en la historia: el individuo re-experimenta y re-vive los grandes sucesos traumáticos en el desarrollo del género, y los reflejos dinámicos instintivos a lo largo del conflicto entre el individuo y el género (entre lo particular y lo universal) tanto como las distintas soluciones al conflicto.

Nosotros seguiremos primero el desarrollo ontogenético

(5) Véase *infra*, capítulo XI. El ensayo de Ernest G. Schachtel «On Memory and Childhood Amnesia» da la única interpretación psicoanalítica adecuada de la función de la memoria, tanto en un nivel individual como en uno social. El ensayo está centrado por completo en la fuerza explosiva de la memoria, y su control y «convencionalización» por la sociedad. Es, desde mi punto de vista, una de las pocas contribuciones reales a la filosofía del psicoanálisis. El estudio de Schachtel está en *A Study of Interpersonal Relations*, editado por Patrick Mullahy, Nueva York, Hermitage Press, 1950, pp. 3-49.

hasta el estado maduro del individuo civilizado. Luego regresaremos a los orígenes filogenéticos y ampliaremos la concepción freudiana al estado maduro del género civilizado. La constante interrelación entre los dos niveles implica que las referencias cruzadas, las anticipaciones y las repeticiones han de ser inevitables.

II. EL ORIGEN DEL INDIVIDUO REPRIMIDO (ONTOGENESIS)

FREUD investiga el desarrollo de la represión en la estructura instintiva del individuo. El destino de la libertad y la felicidad humana se combate y decide en la lucha de los instintos —literalmente una lucha entre vida y muerte— en la que soma y psique, naturaleza y civilización, participan. Esta dinámica biológica, y al mismo tiempo psicológica, es el centro de la metapsicología de Freud. El desarrolló esta hipótesis decisiva con constantes dudas y modificaciones —y finalmente la dejó a la expectativa—. La teoría final de los instintos, en cuyo contexto aparecieron en 1930, fue precedida, al menos, por dos conceptos diferentes de la anatomía de la personalidad mental. No es necesario revisar aquí la historia de la teoría psicoanalítica de los instintos: (1) un breve resumen de algunos de sus aspectos puede bastarnos para prepararnos para nuestra discusión.

A través de las diversas etapas de la teoría de Freud, el aparato mental aparece como una unión dinámica de opuestos de las estructuras del inconsciente y el consciente; de procesos primarios y secundarios; de fuerzas heredadas, «constitucionalmente fijas», y adquiridas; de somapsique y la realidad externa. Esta construcción dualista prevalece incluso en la posterior topología tripartita de id, ego y super-

(1) Además del estudio de Freud (especialmente en *Nuevas aportaciones al psicoanálisis*), véase Siegfried Bernfeld. «Ueber die Einteilung der Triebe», en *Imago*, vol XXI, 1935; Ernest Jones. «Psychoanalysis and the Instincts», en *British Journal of Psychology*, vol XXVI, 1936; y Edward Bibring. «The Development and Problems of the Theory of the Instincts», en *International Journal of Psychoanalysis*, vol XXI, 1941.

ego: los elementos intermediarios y «envolventes» tienden hacia los dos polos. Encuentran su expresión más evidente en los dos principios últimos que gobiernan el aparato mental: el principio del placer y el principio de la realidad.

En la primera etapa de su desarrollo, la teoría de Freud está construida alrededor del antagonismo entre los instintos del sexo (libidinoso) y el ego (autoconservación): en la última etapa, está centrada en el conflicto entre el *instinto de la vida (Eros)* y el *instinto de la muerte*. Durante un breve período intermedio, la concepción dualista fue sustituida por la hipótesis de una libido que se esparce por todos lados (narcisista). A través de todas estas modificaciones de la teoría de Freud, la sexualidad conserva su lugar predominante en la estructura instintiva. El papel predominante de la sexualidad está enraizado en la misma naturaleza del aparato mental tal como Freud lo concibió: si los procesos mentales primarios están gobernados por el principio del placer, ése instinto que, al operar bajo este principio, sostiene a la vida misma, debe ser *el instinto de la vida*.

Pero el concepto inicial de la sexualidad de Freud está todavía muy lejos de ése que concibe a Eros como el instinto de la vida.³ Primero, el instinto sexual es sólo un instinto específico (o mejor, un grupo de instintos) junto con los instintos del ego (o de autoconservación), y es definido por su génesis, su propósito y su objeto específicos. Lejos de ser «pan-sexualista», la teoría de Freud se caracteriza, al menos hasta su introducción del narcisismo en 1914, por una restricción de la importancia de la sexualidad —una restricción que se mantiene en ella a pesar de la presente dificultad de verificar la existencia independiente de instintos de autopreservación no sexuales—. Hay todavía un largo viaje hasta la hipótesis de que estos instintos son meramente instintos componentes «cuya función es asegurar que el organismo seguirá su propio camino hacia la muerte, y proteger contra cualquier forma posible, que no sea aquella inmanente al organismo en sí mismo, de regresar a la existencia inorgánica» (2) o —lo que puede ser otra manera de decir lo mismo— que ellos son en sí mismos de una naturaleza libidinal, son parte de Eros. Sin embargo, el descubrimiento de

3 (2) *Más allá del principio del placer*, p 51.

la sexualidad infantil y de las ilimitadas zonas erógenas del cuerpo anticipa el subsecuente reconocimiento de los componentes libidinales de los intintos de autopreservación y prepara el terreno a la reinterpretación final de la sexualidad en términos del instinto de la vida (Eros).

En la formulación final de la teoría de los instintos, los instintos de autopreservación —el protegido santuario del individuo y su justificación en la «lucha por la existencia»— son disueltos: su labor se inscribe ahora dentro de la de los instintos sexuales genéricos, o en tanto que la autopreservación se logra a través de la agresión socialmente útil, como la labor de los instintos destructivos. Eros y el instinto de la muerte son ahora los dos instintos básicos. Pero es muy importante advertir que, al introducir los dos componentes, Freud subraya una y otra vez la naturaleza común de los instintos, anterior a su diferenciación. El suceso sorprendente y perturbador es el descubrimiento de la fundamental tendencia *regresiva* o «conservadora» de toda la vida instintiva. Freud no puede evitar la sospecha de que él ha llegado a un «atributo universal de los instintos y quizá de la vida orgánica en general», inadvertido hasta entonces, esto es, «una compulsión inherente a la vida orgánica que tiende a restaurar un estado anterior de cosas que la entidad viviente ha sido obligada a abandonar bajo la presión de fuerzas externas y perturbadoras» —una especie de «elasticidad orgánica» o «inercia inherente a la vida orgánica»— (3). Este será el contenido último o la sustancia de aquellos «procesos primarios» que Freud reconoció desde el principio, operando en el inconsciente. Primero fueron designados como el impulso hacia «el libre flujo de las cantidades de excitación» provocado por el impacto de la realidad exterior en el organismo (4); el flujo enteramente libre sería la completa gratificación. Ahora, veinte años después, Freud empieza con esta suposición:

El principio del placer, pues, es una tendencia que opera al servicio de una función cuyo propósito es liberar enteramente al aparato mental de la excitación o conservar la cantidad de exci-

(3) *Ibid.*, p. 47. Ver también *Nuevas aportaciones al psicoanálisis*, pp. 115-146.

(4) *La interpretación de los sueños*, p. 534.

tación en él dentro de una constante o conservarla tan baja como sea posible. Todavía no podemos decidimos con certeza en favor de ninguno de estos modos de expresarla (5).

Pero, cada vez más, la lógica interna de la concepción se afirma a sí misma. La liberación constante de la excitación ha sido abandonada finalmente al nacer de la vida; la tendencia instintiva hacia el equilibrio es así, en última instancia, regresión más allá de la vida misma. El proceso primario del aparato mental, en su lucha por la gratificación integral, parece estar faltamente unido al «empeño más universal de toda sustancia viviente: regresar a la quietud del mundo inorgánico» (6). Los instintos son conducidos a la órbita de la muerte. «Si es verdad que la vida está gobernada por el principio de Fechner del equilibrio constante, consiste en un continuo descenso hacia la muerte» (7). El *principio del Nirvana* aparece ahora como «la tendencia dominante de la vida mental y quizá de la vida nerviosa en general». Y el principio del placer aparece, a la luz del principio del Nirvana, como una «expresión» del principio del Nirvana:

..los esfuerzos por reducir, por conservar constante o por eliminar la tensión interna debida a los estímulos (el «Principio de Nirvana»...) . encuentran expresión en el principio del placer; y el reconocimiento de este hecho es una de nuestras más fuertes razones para creer en la existencia de instintos de la muerte (8).

Sin embargo, la primacía del principio del Nirvana, la aterradoramente convergencia del placer y la muerte, se disuelve tan pronto como es establecida. No importa hasta qué punto sea universal la inercia regresiva de la vida orgánica, los instintos luchan por alcanzar su objetivo en formas fundamentalmente diferentes. La diferencia es equivalente a la de sostener o destruir la vida. De la naturaleza común de la vida instintiva se desarrollan dos instintos antagónicos. Los instintos de la vida (Eros) ganan ascendencia sobre los instintos de la muerte. Continuamente, cancelan y retardan el «des-

(5) *Más allá del principio del placer*, p. 86.

(6) *Ibid*

(7) *El Yo y el Ello*, p. 66.

(8) *Más allá del principio del placer*, p. 76.

censo hacia la muerte»: «nuevas tensiones son incluidas por las exigencias de Eros, de los instintos sexuales, tal como se expresan en las necesidades instintivas» (9). Inician su función reproductora de la vida con la separación de las células gérmenes del organismo y la unión de dos de esos cuerpos celulares (10), procediendo al establecimiento y la preservación de «unidades de vida cada vez más grandes» (11). Así, ganan, contra la muerte, «la inmortalidad potencial» de la sustancia viviente (12). El dualismo dinámico de la vida instintiva parece asegurarlo. Sin embargo, Freud regresa en seguida a la original naturaleza común de los instintos. Los instintos de la vida «son conservadores en el mismo sentido que los demás instintos porque nos vuelven a estados anteriores de la sustancia viviente» —aunque son conservadores «en un nivel más alto»— (13). Así, la sexualidad obedecerá en última instancia al mismo principio que el instinto de la muerte. Después, para ilustrar el carácter regresivo de la sexualidad, Freud recuerda la «fantástica hipótesis» de Platon sobre que «la sustancia viviente en el momento de llegar a la vida es dividida en pequeñas partículas, que siempre han tratado de reunirse por medio de los instintos sexuales» (14). A pesar de toda la evidencia, en último análisis, ¿trabaja Eros al servicio del instinto de la muerte y la vida es realmente solo un largo «regreso a la muerte»? (15). Las pruebas en contra son suficientemente fuertes y el regreso es lo suficientemente largo para permitir la hipótesis opuesta. Eros es definida como la gran fuerza universal que preserva la vida (16). La relación última entre Eros y Tanatos permanece oscura.

Si Eros y Tanatos resultan así los dos instintos básicos cuya ubicua presencia y continua fusión (y de-fusión) caracterizan el proceso de la vida, esta teoría de los instintos es mucho más que una nueva formulación de los conceptos

(9) *El Yo y el Ello*, p. 66.

(10) *Más allá del principio del placer*, pp. 52-53.

(11) *Esquema del psicoanálisis*, p. 20

(12) *Más allá del principio del placer*, p. 53.

(13) *Ibid.*

(14) *Ibid.*, p. 80.

(15) *Ibid.*, pp. 50-51.

(16) *El Yo y el Ello*, p. 88. *El malestar en la cultura*, p. 102.

freudianos anteriores. El psicoanálisis ha subrayado correctamente que la última metapsicología de Freud está basada en un concepto esencialmente nuevo de los instintos; los instintos ya no son definidos en términos de su origen y su función orgánica, sino como una fuerza determinante que otorga al proceso de la vida una «dirección» (*Richtung*) definida, considerándolos como «principios de la vida». Los términos *instintos*, *principio*, *regulación* están siendo asimilados. «La rígida oposición entre un aparato mental regulado por ciertos principios, por un lado, y los instintos penetrando al aparato desde afuera, por otro, no podía ser mantenida ya» (17). Más aún, la concepción *dualista* de los instintos, que empezó a ser dudosa desde la introducción del narcisismo, es tratada ahora desde una dirección muy diferente. Con el reconocimiento de los componentes libidinales de los instintos del ego, se hizo prácticamente imposible «señalar cualquier instinto fuera de los libidinales» (18), encontrar cualesquiera impulsos instintivos que no «se revelaran a sí mismos como derivados de Eros» (19).

Esta imposibilidad de descubrir en la estructura instintiva primaria cualquier cosa que no sea Eros, el monismo de la sexualidad —una imposibilidad que, como veremos, es la marca de la verdad— parece convertirse ahora en su opuesto: en un monismo de la muerte. Por supuesto, el análisis de la compulsión repetitiva y regresiva, y «esencialmente» los constituyentes sádicos de Eros, restauran la maltratada concepción dualista: el instinto de la muerte llega a ser, por derecho propio, el compañero de Eros en la estructura instintiva primaria, y la perpetua lucha entre los dos constituye la dinámica primaria. Sin embargo, el descubrimiento de la común «naturaleza conservadora» de los instintos milita contra la concepción dualista y conserva la metapsicología final de Freud en este estado de suspensión y profundidad que la hace una de las grandes aventuras inte-

(17) Edward Bibring, «The Development and Problems of the Theory of the Instincts», *loc. cit.* Ver también Heinz Hartmann, «Comments on the Psychoanalytic Theory of Instinctual Drives», en *Psychoanalytic Quarterly*, volumen XVII, n.º 3, 1948

(18) *Mas alla del principio del placer*, p. 73

(19) *El Yo y el Ello*, p. 66

lectuales en la ciencia del hombre. La *pregunta sobre el origen común* de los dos instintos básicos no puede ser silenciada ya. Fenichel señaló (20) que el mismo Freud dio un paso decisivo en esta dirección asumiendo la existencia de una «energía desplazable, que es en sí misma neutral, pero es capaz de unir sus fuerzas, ya sea con un impulso erótico o con uno destructivo» —con el instinto de la vida o el de la muerte—. La muerte nunca había sido llevada con tanta firmeza hacia la esencia de la vida; pero tampoco había llegado a estar tan cerca de Eros. Fenichel formula la pregunta decisiva sobre si la antítesis de los instintos de Eros y de la muerte no es la «diferenciación de una raíz originariamente común». Sugiere que los fenómenos agrupados juntos como el instinto de la muerte pueden ser tomados como la expresión de un principio «válido para todos los instintos», un principio que en el curso de su desarrollo, «puede haber sido modificado... por influencias externas» (21). Más aún, si la «compulsión regresiva» en toda la vida orgánica está luchando por una quietud integral, si el Principio del Nirvana es la base del principio del placer, la necesidad la muerte aparece bajo una luz completamente nueva. El instinto de la muerte es destructividad no por sí misma, sino para el alivio de una tensión. El descenso hacia la muerte es una huida inconsciente del dolor y la necesidad, Es una expresión de la eterna lucha contra el sufrimiento y la represión. Y el mismo instinto de la muerte parece ser afectado por los cambios históricos que afectan esta lucha. La explicación ulterior del carácter histórico de los instintos requiere colocarlos dentro del *nuevo concepto de la persona* que corresponde a la última versión de la teoría de los instintos de Freud.

Las principales «bases» de la estructura mental son designadas ahora como el *id*, el *ego* y el *superego*. La base fundamental, más antigua y amplia, es el *id*, el dominio del inconsciente, de los instintos primarios. El *id* está libre de las formas y principios que constituyen al individuo consciente.

(20) Fenichel, «Zur Kritik des Todestriebes», en *Imago*, volumen XXI, 1935 p 463

(21) *The Psychoanalytic Theory of Neurosis*, Nueva York, W. W Norton, 1915 p 59

social. No se ve afectado por el tiempo ni perturbado por contradicciones; no conoce «valores, ni el bien y el mal, ni tiene moral» (22). No aspira a la autoconservación (23): sólo lucha por la satisfacción de sus necesidades instintivas, de acuerdo con el principio del placer (24).

Bajo la influencia del mundo exterior (el medio ambiente), una parte del id que está dotada con los órganos necesarios para la recepción de los estímulos y su protección, se desarrolla gradualmente como el *ego*. Es el «mediador» entre el id y el mundo exterior. La percepción y la conciencia son sólo la más pequeña y «más superficial» parte del *ego*, la parte topográficamente más cercana al mundo exterior; pero gracias a esta serie de instrumentos (el «sistema perceptivo consciente») el *ego* mantiene su existencia, observando y probando la realidad, tomando y conservando una «verdadera imagen» de ella, adaptándose a la realidad y alterándola de acuerdo con su propio interés. Así, el *ego* tiene la tarea de «representar el mundo externo ante el id, y por tanto de salvarlo; porque el id, luchando ciegamente por gratificar sus instintos, sin tomar en cuenta el poder superior de las fuerzas exteriores, no podría de otro modo escapar a la aniquilación» (25). Al realizar esta tarea, la principal función del *ego* es coordinar, alterar, organizar y controlar los impulsos instintivos del id para minimizar los conflictos con la realidad: reprimir los impulsos que son incompatibles con la realidad, «reconciliar» a otros con la realidad cambiando su objeto, retrasando o desviando su gratificación, transformando su forma de gratificación, uniéndolos con otros impulsos, y así sucesivamente. De este modo, el *ego* «destrona al principio del placer, que ejerce un indiscutible imperio sobre los procesos en el id, y lo sustituye por el principio de la realidad, que ofrece mayor seguridad y más amplias posibilidades de éxito».

A pesar de sus importantes funciones, que aseguran la gratificación instintiva a un organismo que de otro modo casi seguramente sería destruido o se destruiría a sí mismo, el *ego* conserva su marca de nacimiento como un «pro-

(22) *Nuevas aportaciones al psicoanálisis*, p. 105.

(23) *Esquema del psicoanálisis*, p. 19.

(24) *Nuevas aportaciones al psicoanálisis*, p. 104.

(25) *Ibid.*, p. 106.

ducto» del id. En relación con el id, los procesos del ego permanecen como *procesos secundarios*. Nada aclara mejor las funciones dependientes del ego que la primera formulación de Freud en el sentido de que todo pensamiento «es meramente un rodeo del recuerdo de la gratificación... a la idéntica catexis de la misma memoria, a la que se debe llegar una vez más por el camino de las experiencias motoras» (26). El recuerdo de la gratificación está en el origen de todo pensamiento, y el impulso de recuperar la gratificación pasada es el poder impulsor oculto detrás del proceso del pensamiento. Debido a que el principio de la realidad hace de este proceso una interminable serie de «rodeos», el ego experimenta la realidad como predominantemente hostil, y la actitud del ego es predominantemente de «defensa». Pero, por otro lado, puesto que la realidad, a través de estos rodeos, provee la gratificación (aunque sólo una gratificación «modificada»), el ego tiene que rechazar aquellos impulsos que, si fueran gratificados, destruirían su vida. La defensa del ego es, así, una lucha con dos frentes.

En el curso del desarrollo del ego se levanta otra «entidad» mental: el *superego*. Este se origina en la larga dependencia del infante a sus padres: la influencia paternal permanece en el centro del superego. Subsecuentemente, cierto número de influjos sociales y culturales son asimilados por el superego, hasta que éste se afirma como el poderoso representante de la moral establecida y «lo que la gente llama las cosas 'mas importantes' en la vida humana». Ahora, las restricciones externas que, primero los padres y luego otros cuerpos sociales, han impuesto sobre el individuo son «introyectadas» en el ego y llegan a ser su «conciencia»: de ahí en adelante, el sentido de culpa —la necesidad de ser castigado generada por las transgresiones o por el deseo de transgredir estas restricciones (especialmente en la situación edipiana)— atraviesa la vida mental. «Como regla, el ego desarrolla represiones al servicio y por mandato de su superego» (27). Sin embargo, las represiones llegan a ser pronto

(26) *La interpretación de los sueños*, p. 535. En el desarrollo posterior del psicoanálisis, el papel del ego se ha considerado como más «positivo», subrayándose sus funciones «sintéticas» e «integradoras». Sobre el significado de este cambio en el acento, ver el epílogo.

(27) *El Yo y el Ello*, p. 75.

inconscientes, automáticas como quien dice, así que una «gran parte» del sentido de culpa permanece inconsciente.

Franz Alexander habla de la «transformación de la condena consciente, que depende de las percepciones (y juicios), en un proceso inconsciente de represión»; asume una tendencia hacia una disminución de la energía psíquica móvil en una «forma tónica» —*la corporeización de la psique* (28). Este desarrollo, por medio del cual las luchas, originariamente conscientes, con las demandas de la realidad (los padres y sus sucesores durante la formación del superego) son transformadas en reacciones inconscientes automáticas, es de una importancia absoluta en el curso de la civilización. El principio de la realidad se afirma a sí mismo mediante un retroceso del ego consciente en una dirección significativa: el desarrollo autónomo de los instintos es congelado, y su modelo es fijado en el nivel de la infancia. La adherencia a un *status quo ante* es implantada en la estructura instintiva. El individuo llega a ser instintivamente reaccionario —tanto en el sentido literal como en el figurativo. Ejerce contra sí mismo, inconscientemente, una severidad que ha sido apropiada para un nivel infantil de su desarrollo, pero que desde mucho tiempo atrás ha llegado a ser superada a la luz de las potencialidades racionales de la madurez (individual y social) (29). El individuo se castiga a sí mismo (y entonces es castigado) por acciones que no ha realizado o que ya no son incompatibles con la realidad civilizada, con el hombre civilizado.

Así, el superego no sólo refuerza las demandas de la realidad, sino también aquéllas de una realidad pasada. Gracias a estos mecanismos inconscientes, el desarrollo mental se retrasa en relación con el desarrollo real, o (puesto que el primero en sí mismo un factor del último) retrasa el desarrollo real, niega sus potencialidades en nombre del pasado. El pasado revela así su doble función en la configuración del individuo —y su sociedad—. Recordando el dominio del principio del placer original, donde la liberación del deseo era una

(28) Franz Alexander, *The Psychoanalysis of the Total Personality*, Nueva York, Nervous and Mental Disease Monograph, número 52, 1929, p. 14

(29) *Ibid.*, pp. 23-25. Para una mayor diferenciación en el origen y la estructura del superego, ver *infra*, pp. 95-97.

necesidad, el id lleva hacia adelante, consigo, los rasgos recordados de este estado, dentro de todo futuro presente: proyecta el pasado hacia el futuro. Sin embargo, el superego, también inconsciente, rechaza en el futuro esta aspiración instintiva, en nombre de un pasado que ya no es uno de satisfacción integral, sino de amarga adaptación a un presente punitivo. Filogenéticamente y ontogenéticamente, con el progreso de la civilización y el crecimiento del individuo, los rastros recordados de la unidad entre la libertad y la necesidad, llegan a estar sumergidos en la aceptación de la necesidad de la falta de libertad; racional y racionalizada, la memoria, en sí misma, se inclina ante el principio de la realidad.

El principio de la realidad sustenta al organismo en el mundo exterior. En el caso del organismo humano, éste es un mundo *histórico*. El mundo exterior enfrentado por el ego en crecimiento es en todo nivel una específica organización sociohistórica de la realidad, que afecta la estructura mental a través de agencias o agentes sociales específicos. Se ha argüido que el concepto de Freud del *principio de la realidad* oblitera este hecho convirtiendo las contingencias históricas en necesidades biológicas: su análisis de la transformación represiva de los instintos bajo el impacto del principio de la realidad generaliza, convirtiendo una específica forma histórica de la realidad en la realidad pura y simple. Esta crítica es válida, pero su validez no anula la verdad en la generalización de Freud en el sentido de que una organización represiva de los instintos yace bajo *todas* las formas históricas del principio de la realidad en la civilización. Si él justifica la organización represiva de los instintos por la irreconciliabilidad entre el principio del placer original y el principio de la realidad, también expresa el hecho histórico de que la civilización ha progresado como *dominación* organizada. Este conocimiento guía toda su construcción filogenética, que deriva a la civilización del reemplazamiento del despotismo patriarcal de la horda original por el despotismo internalizado del clan de hermanos. Precisamente porque toda la civilización ha sido *dominación* organizada, el desarrollo histórico asume la dignidad y la necesidad de un desarrollo biológico universal. El carácter «ahistórico» de los conceptos freudianos contiene, así, los elementos de su opuesto: su sustancia histórica debe ser recapturada, pero

no agregándole algunos factores sociales (como lo hacen las escuelas neofreudianas «culturales»), sino desarrollando sus propios contenidos. En este sentido, nuestra discusión subsecuente es una «extrapolación» que se deriva de las teorías, nociones y proposiciones de Freud, implicadas en su obra sólo en una forma diluida, en la que los procesos históricos aparecen como procesos naturales (biológicos).

Terminológicamente, esta extrapolación exige una duplicación de los conceptos: los términos freudianos, que no hacen ninguna diferencia adecuada entre las vicisitudes biológicas y las sociohistóricas de los instintos, deben aparearse con términos correspondientes que denoten el componente sociohistórico específico. En seguida vamos a presentar dos de esos términos:

- a)* *Represión excedente*: las restricciones provocadas por la dominación social. Esta es diferenciada de la *represión* (básica): las «modificaciones» de los instintos necesarias para la perpetuación de la raza humana en la civilización.

- b)** *Principio de actuación*: la forma histórica prevalente del *principio de la realidad*.

Detrás del principio de la realidad yace el hecho fundamental de la ananke o escasez (*scarcity*, *Lebensnot*), que significa que la lucha por la existencia se desarrolla en un mundo demasiado pobre para la satisfacción de las necesidades humanas sin una constante restricción, renuncia o retardo. En otras palabras, que, para ser posible la satisfacción necesita siempre un *trabajo*, arreglos y tareas más o menos penosos encaminados a procurar los medios para satisfacer esas necesidades. Por la duración del trabajo, que ocupa prácticamente la existencia entera del individuo maduro, el placer es «suspendido» y el dolor prevalece. Y puesto que los impulsos instintivos básicos luchan porque prevalezca el placer y no haya dolor, el principio del placer es incompatible con la realidad, y los instintos tienen que sobrellevar una regimentación represiva.

* Surplus-Repression

** Performance principle (N del T)

Sin embargo, este argumento, que aparece mucho en la metapsicología de Freud, es falaz en tanto que se aplica al *hecho* bruto de la escasez, cuando en realidad es consecuencia de una *organización* específica de la escasez, y de una actitud existencial específica, reforzada por esta organización. La escasez prevaleciente ha sido organizada, a través de la civilización (aunque de muy diferentes maneras), de tal modo que no ha sido distribuida colectivamente de acuerdo con las necesidades individuales, ni la obtención de bienes ha sido organizada para satisfacer mejor las necesidades que se desarrollan en el individuo. En lugar de esto, la *distribución* de la escasez, lo mismo que el esfuerzo por superarla (la forma de trabajo), ha sido *impuesta* sobre los individuos —primero por medio de la mera violencia, subsecuentemente por una utilización del poder más racional—. Sin embargo, sin que importe cuán útil haya sido para el progreso del conjunto, esta racionalización permaneció como la razón de la dominación, y la conquista gradual de la escasez estaba inextricablemente unida con el interés de la dominación y conformada por él. La dominación difiere del ejercicio racional de la autoridad. El último, que es inherente a toda división social del trabajo, se deriva del conocimiento y está confinado a la administración de funciones y arreglos necesarios para el desarrollo del conjunto. En contraste, la dominación es ejercida por un grupo o un individuo particular para sostenerse y afirmarse a sí mismo en una posición privilegiada. Esta dominación no excluye el progreso técnico, material e intelectual, pero sólo lo concibe como un producto inevitable de las circunstancias, mientras busca preservar la escasez, la necesidad y la restricción irracionales.

Los diferentes modos de dominación (del hombre y la naturaleza) dan lugar a varias formas históricas del principio de la realidad. Por ejemplo: una sociedad en la que todos los miembros trabajan normalmente para vivir requiere otras formas de represión que una sociedad en la que el trabajo es la obligación exclusiva de un grupo específico. Similarmente, la represión será diferente en una magnitud y un grado equivalentes al hecho de que la producción social esté orientada por el consumo individual o por la ganancia; al hecho de que prevalezca una economía de mercado o una

economía planificada; al hecho de que la propiedad sea privada o colectiva. Estas diferencias afectan la esencia del principio de la realidad, porque cada forma del principio de la realidad debe expresarse concretamente en un sistema de instituciones y relaciones, leyes y valores sociales que transmiten y refuerzan la requerida «modificación» de los instintos. Este «cuerpo» del principio de la realidad es diferente en los distintos niveles de la civilización. Más aún, aunque cualquier forma del principio de la realidad exige un considerable grado y magnitud de control represivo sobre los instintos, las instituciones históricas específicas del principio de la realidad y los intereses específicos de dominación introducen controles *adicionales* sobre y por encima de aquellos indispensables para la asociación humana civilizada. Estos controles adicionales, que salen de las instituciones específicas de dominación son los que llamamos *represión excedente*.

Por ejemplo: las modificaciones y desviaciones de la energía instintiva necesarias para la preservación de la familia patriarcal monogámica, o para la división jerárquica del trabajo, o para el control público sobre la existencia privada del individuo son ejemplos de represión excedente que pertenecen a las instituciones de un principio de la realidad *particular*. Ellas son agregadas a las restricciones básicas (filogenéticas) de los instintos que marcan el desarrollo del hombre desde el animal humano hasta el *animal sapiens*. El poder para restringir y guiar los impulsos instintivos, para convertir las necesidades biológicas en necesidades y deseos individuales, aumenta antes que disminuye la gratificación: la «mediatización» de la naturaleza, el rompimiento de su compulsión, es la *forma humana del principio del placer*. Esas restricciones de los instintos pueden haber sido reforzadas primero por la escasez y por la prolongada dependencia del animal humano, pero han llegado a ser el privilegio y la distinción del hombre, y lo han hecho capaz de transformar la ciega urgencia de la satisfacción de la necesidad en gratificación buscada (30).

La «contención» de los impulsos sexuales parciales, el progreso hacia la genitalidad, pertenece a este cimiento bá-

(30) Ver *infra*, capítulo XI.

sico de la represión, que hace posible el placer intensificado: la maduración del organismo implica la maduración normal y natural del placer. Sin embargo, el dominio de los impulsos instintivos puede ser empleado también *contra* la gratificación; en la historia de la civilización, la represión básica y la represión excedente han estado inextricablemente entrelazadas y el progreso normal hacia la genitalidad ha sido organizado de tal manera que los impulsos parciales y sus «zonas» fueron desexualizados casi por completo para adaptarlos a las exigencias de una organización social específica de la existencia humana. Las vicisitudes de los «sentidos inmediatos» (el olfato y el gusto) proveen un buen ejemplo de la interrelación entre la represión básica y la represión sobrante. Freud pensó que «los elementos coprofilicos en el instinto han demostrado ser incompatibles con nuestras ideas estéticas, quizá desde la época en la que el hombre desarrolló una postura erecta y así alejó del suelo su órgano del olfato» (31). Sin embargo, hay otro aspecto del subyugamiento de los sentidos inmediatos en la civilización: sucumbieron a los rígidamente protegidos tabús contra los placeres demasiado intensos corporalmente. El placer del olfato y del gusto es «mucho más corporal, físico, y por tanto, más análogo al placer sexual, de lo que lo es el más sublime placer provocado por el sonido y el menos corporal del todos los placeres, la contemplación de algo bello» (32). El olfato y el oído dan, como quien dice, un placer insublimado *per se* (y también un disgusto irreprimido). Relacionan (y separan) a los individuos inmediatamente, sin que intervengan las formas convencionalizadas de la conciencia, la moral y la estética. Un poder tan inmediato es incompatible con la efectividad de la *dominación* organizada, es incompatible con una sociedad que «tiende a separar a la gente, a poner distancias entre ellas y a prevenir las relaciones espontáneas y las expresiones de tipo animal 'naturales' en tales relaciones» (33). El placer de los sentidos inmediatos actúa en las zonas erógenas del cuerpo —y lo hace sólo por el gusto

(31) *Sobre una degradación general de la vida erótica*, C. P., IV, 215.

(32) Ernest Schachtel, «On Memory and Childhood Amnesia», *loc. cit.*, p. 24.

(33) *Ibid.*, p. 26.

del placer—. Su desarrollo irreprimido erotizaría al organismo hasta tal grado que actuaría contrariamente a la desexualización del organismo necesaria para la utilización social de éste como un instrumento de trabajo.

A lo largo de la historia de la civilización que conocemos, las restricciones instintivas, reforzadas por la escasez, han sido intensificadas por las restricciones reforzadas por la distribución jerárquica de la escasez y el trabajo; el interés de la dominación agrega represión sobrante a la organización de los instintos bajo el principio de la realidad. El principio del placer fue destronado no sólo porque militaba contra el progreso en la civilización, sino también porque militaba contra la civilización, cuyo progreso perpetúa la dominación y el esfuerzo. Freud parece reconocer este hecho cuando compara la actitud de la civilización ante la sexualidad con la de una tribu o una sección de la población «que ha obtenido el poder y está explotando al resto para su propio provecho. El temor a una revuelta entre los oprimidos llega a ser entonces un motivo para imponer regulaciones todavía más estrictas» (34).

La modificación de los instintos bajo el principio de la realidad afecta al instinto de la vida tanto como al instinto de la muerte: pero el desarrollo del último sólo llega a ser completamente comprensible a la luz del desarrollo del instinto de la vida, y por tanto, de la *organización* represiva de la sexualidad. El instinto sexual está marcado con el sello del principio de la realidad. Su organización culmina con la sujeción de los instintos sexuales parciales a la primacía de la genitalidad, y con su subyugación a la función de la procreación. El proceso abarca la separación de la libido de nuestro propio cuerpo para dirigirla hacia un objeto ajeno del sexo opuesto (el dominio del narcisismo primario y secundario). La gratificación de los instintos parciales y de la genitalidad no procreativa están, de acuerdo con su grado de independencia, convertidas en tabús como perversiones, sublimadas o transformadas en subsidiarios de la sexualidad procreativa. Más aún: esta última, en la mayor parte de las civilizaciones, está canalizada dentro de instituciones monogámicas. Esta organización da lugar a una restricción cuali-

(34) *El malestar en la cultura*, p. 74.

tativa y cuantitativa de la sexualidad: la unificación de los instintos parciales y su subyugación a la función procreativa altera la naturaleza misma de la sexualidad: de un «principio» autónomo que gobierna todo el organismo es convertida en una función temporaria especializada, en un medio en lugar de un fin. Dentro de los términos en que el principio del placer gobierna los instintos sexuales «sin organizar», la reproducción es meramente un «producto casual». El contenido primario de la sexualidad es la «función de obtener placer de las zonas del cuerpo»; esta función sólo «subsecuentemente es puesta al servicio de la reproducción» (35). Freud subraya una y otra vez que sin su organización para tal servicio, la sexualidad impediría todas las relaciones no sexuales y por tanto todas las relaciones sociales civilizadas—inclusive en el nivel de la genitalidad heterosexual madura:

...El conflicto entre la civilización y la sexualidad es provocado por la circunstancia de que el amor sexual es una relación entre dos personas, en las que una tercera sólo puede ser superflua o perturbadora, y en cambio la civilización está fundada en las relaciones entre grupos de personas más vastos. Cuando una relación amorosa está en su máxima altura no deja espacio para ningún otro interés en el mundo de alrededor; la pareja de amantes es suficiente en sí misma, ni siquiera necesita al niño que tengan en común para ser felices (36).

Y antes, discutiendo la diferencia entre el instinto sexual y el de autoconservación, Freud señala las fatales implicaciones de la sexualidad:

Es innegable que el ejercicio de esta función no siempre trae ventajas al individuo, como lo hacen sus otras actividades, sino que por el gusto de un grado de placer excepcionalmente alto, él se ve envuelto por esta función en peligros que exponen su vida y muy a menudo se la exigen (37).

Pero, ¿cómo puede justificar esta interpretación de la sexualidad como una fuerza esencialmente explosiva en con-

(35) *Esquema del psicoanálisis*, p. 26.

(36) *El malestar en la cultura*, pp. 79-80.

(37) *Introducción al psicoanálisis*, p. 358.

flicto con la civilización la definición de Eros como el esfuerzo «para combinar sustancias orgánicas dentro de más largas unidades» (38). para «establecer unidades cada vez más grandes y preservarlas así —en una palabra, «reunirlas»—? (39). ¿Cómo puede la sexualidad llegar a ser el probable «sustituto» del «instinto hacia la perfección» (40), el poder que «mantiene unido todo en el mundo»? (41). ¿Cómo puede unirse la noción del carácter asocial de la sexualidad con la «suposición de que las relaciones amorosas (o para usar una expresión más neutral, los lazos emocionales) también constituyen la esencia de la voluntad de asociarse»? (42). La contradicción aparente no se resuelve atribuyendo las connotaciones explosivas al primer concepto de sexualidad y las constructivas a Eros —porque este último incluye a ambas—. En *El malestar en la cultura*, inmediatamente después del pasaje, citado antes, Freud une los dos aspectos. «En ningún otro caso Eros revela el centro de su ser, su propósito de hacer uno a partir de muchos; pero cuando lo ha alcanzado del modo proverbial, a través del amor de dos seres humanos, no desea ir más allá.» Ni tampoco puede eliminarse la contradicción localizando la fuerza cultural constructiva de Eros sólo en las formas sublimadas de sexualidad: de acuerdo con Freud, el impulso hacia unidades cada vez mayores pertenece a la naturaleza biológica orgánica de Eros mismo.

A esta altura de nuestra interpretación, antes que tratar de reconciliar los dos aspectos contradictorios de la sexualidad, sugerimos que ellos reflejan la irreconciliada tensión interior en la teoría de Freud; contra esta noción del conflicto «biológico» inevitable entre el principio del placer y el principio de la realidad, entre la sexualidad y la civilización, milita la idea del unificante y gratificador poder de Eros, encadenado y consumido en una civilización enferma. Esta idea implicaría que el Eros *libre* no impide la existencia de relaciones sociales civilizadas duraderas; que repele sólo la organización sobre-represiva de relaciones sociales bajo un prin-

(38) *Más allá del principio del placer*, p. 57.

(39) *Esquema del psicoanálisis*, p. 20

(40) *Más allá del principio del placer*, p. 57.

(41) *Psicología de las masas y análisis del yo*, p. 40

(42) *Ibid.*

cipio que es la negación del principio del placer. Freud se permitió a sí mismo la imagen de una civilización que consistiera en parejas de individuos «libidinalmente satisfechos en el otro, y ligados a todos los demás por el trabajo y los intereses comunes» (43). Pero agrega que un nivel tan «deseable» no existe y nunca ha existido; que la cultura «exige una pesada tasa de libido voluntariamente inhibida, y que las pesadas restricciones sobre la vida sexual son inevitables». Encuentra la razón del «antagonismo contra la sexualidad» de la cultura en los instintos agresivos profundamente unidos a la sexualidad, que tratan una y otra vez de destruir la civilización y obligan a la cultura «a llamar a todo posible refuerzo» contra ellos. «De ahí el sistema de métodos por medio de los cuales la humanidad debe ser llevada a las identificaciones y las relaciones amorosas inhibidas con un propósito; de ahí las restricciones de la vida sexual» (44). Pero, nuevamente, Freud demuestra que este sistema represivo no resuelve realmente el conflicto. La civilización se sumerge en una dialéctica destructiva: las perpetuas restricciones de Eros debilitan finalmente los instintos de la vida y así fortalecen y liberan a las mismas fuerzas contra las que fueron llamadas a luchar —las fuerzas de la destrucción—. Esta dialéctica, que constituye el centro todavía inexplorado e inclusive convertido en tabú de la metapsicología de Freud será explorada más adelante; ahora, usaremos la concepción antagónica de Eros de Freud para dilucidar las formas de represión específicamente históricas impuestas por el principio de la realidad establecido.

Al introducir el término *represión excedente* hemos enfocado la discusión en las instituciones y relaciones que constituyen el «cuerpo» social del principio de la realidad. Este no sólo representa las diversas manifestaciones externas de un único e inalterable principio de la realidad, sino que transforman el principio de la realidad en sí mismo. Consecuentemente, en nuestro intento de elucidar la magnitud y los límites de la represión prevaleciente en la civilización contemporánea, tendremos que describirla en términos espe-

(43) *El malestar en la cultura*, p. 80. Ver también *El porvenir de una ilusión*, pp. 10-11.

(44) *El malestar en la cultura*, pp. 86-87.

cíficos del principio de la realidad que ha gobernado los orígenes y el crecimiento de esta civilización.† Lo designamos como el *principio de actuación* para subrayar que bajo su dominio la sociedad está estratificada de acuerdo con la actuación económica competitiva de sus miembros.‡ Desde luego, éste no es el único principio de la realidad histórico: otras formas de organización social no solamente han prevalecido en las culturas primitivas, sino que también sobreviven en el período moderno.

El principio de actuación, que es el que corresponde a una sociedad adquisitiva y antagónica en constante proceso de expansión, presupone un largo desarrollo durante el cual la dominación ha sido cada vez más racionalizada: el control sobre el trabajo social reproduce ahora a la sociedad en una escala más amplia y bajo condiciones cada vez más favorables. Durante un largo tiempo, los intereses de la dominación y los intereses del conjunto coinciden: la provechosa utilización del aparato productivo satisface las necesidades y facultades de los individuos. Para una vasta mayoría de la población, la magnitud y la forma de satisfacción está determinada por su propio trabajo; pero su trabajo está al servicio de un aparato que ellos no controlan, que opera como un poder independiente al que los individuos deben someterse si quieren vivir. Y este poder se hace más ajeno conforme la división del trabajo llega a ser más especializada. Los hombres no viven sus propias vidas, sino que realizan funciones preestablecidas. Mientras trabajan no satisfacen sus propias necesidades y facultades, sino que trabajan *enajenados*. Ahora el trabajo ha llegado a ser general y, por tanto, tiene las restricciones impuestas sobre la libido: el tiempo de trabajo, que ocupa la mayor parte del tiempo de vida individual, es un tiempo doloroso, porque el trabajo enajenado es la ausencia de gratificación, la negación del principio del placer. La libido es desviada para que actúe de una manera socialmente útil, dentro de la cual el individuo trabaja para sí mismo sólo en tanto que trabaja para el aparato, y está comprometido en actividades que por lo general no coinciden con sus propias facultades y deseos.

Sin embargo —y este punto es decisivo—, la energía instintiva que es desviada así no se suma a los instintos agresivos (sin sublimar) porque su utilización social (en el trabajo) sostiene e inclusive enriquece la vida del individuo.

Las restricciones impuestas sobre la libido se hacen más racionales conforme son más universales, conforme cubren de una manera más completa el conjunto de la sociedad. Operan sobre el individuo como leyes externas objetivas y como una fuerza internalizada: la autoridad social es absorbida por la «conciencia» y por el inconsciente del individuo y actúa de acuerdo con sus propios deseos, su moral y para su satisfacción. Dentro del desarrollo «normal» el individuo vive su represión «libremente» como su propia vida: desea lo que se supone que debe desear; sus gratificaciones son provechosas para él y para los demás; es razonable y hasta a menudo exuberantemente feliz. Esta felicidad, que tiene lugar en parte durante las horas de ocio entre los días o las noches de trabajo, pero también algunas veces durante el trabajo, le permite continuar su actuación, que a su vez perpetúa su trabajo y el de los demás. Su actuación erótica es puesta en la misma línea que su actuación social. La represión desaparece en el gran orden objetivo de las cosas, que recompensa más o menos adecuadamente a los individuos sometidos y, al hacerlo, reproduce más o menos adecuadamente a la sociedad como conjunto.

El conflicto entre la sexualidad y la civilización se despliega con este desarrollo de la dominación. Bajo el dominio del principio de actuación, el cuerpo y la mente son convertidos en instrumentos del trabajo enajenado; sólo pueden funcionar como tales instrumentos si renuncian a la libertad del sujeto-objeto libidinal que el organismo humano originalmente es y desea ser. La distribución del *tiempo* juega un papel fundamental en esta transformación. El hombre existe sólo *parte* del tiempo, durante los días de trabajo, como un instrumento de la actuación enajenada; el resto del tiempo es libre para sí mismo. (Si el día medio de trabajo, incluyendo la preparación y la transportación, es de diez horas, y si las necesidades biológicas de dormir y alimentarse requieren otras diez horas, el tiempo libre será de cuatro horas en cada veinticuatro durante la mayor parte de la vida del individuo.) Este tiempo libre estará potencialmente disponible para el placer. Pero el principio del placer que gobierna el id está fuera del tiempo también, en el sentido de que milita contra el desmembramiento temporal del placer, contra su distribución en pequeñas dosis separadas. Una sociedad gobernada por el principio de actuación debe im-

poner, por necesidad, tal distribución porque el organismo debe ser entrenado para la enajenación en sus mismas raíces: *el ego del placer* (45). Este debe aprender a olvidar su exigencia de una gratificación fuera del tiempo y sin sentido utilitario, por la «eternidad del placer». Más aún, partiendo del día de trabajo, la enajenación y la regimentación se esparcen sobre el tiempo libre. Tal coordinación no tiene que ser, y normalmente no lo es, reforzada desde afuera por los agentes de la sociedad. El control básico del ocio es logrado por la duración del día de trabajo mismo, por la aburrida y mecánica rutina del trabajo enajenado; éste requiere que el ocio sea una pasiva relajación y una recreación de energía para el trabajo. Sólo en el último nivel de la civilización industrial, cuando el crecimiento de la productividad amenaza con desbordar los límites impuestos por la dominación represiva, la técnica de la manipulación en masa ha tenido que desarrollar una industria de la diversión que controla directamente el tiempo de ocio, o el estado ha tomado directamente la tarea de reforzar tales controles (46). El individuo no debe ser dejado solo. Porque, dueño de sí mismo, y ayudado por un libre, inteligente conocimiento de las potencialidades de la liberación de la realidad de la represión, la energía libidinal generada por el id presionaría contra sus aún más ultrajantes limitaciones y luchará por abarcar un campo todavía más amplio de relaciones existenciales, haciendo explotar, por tanto, el ego de la realidad y sus actuaciones represivas.

La organización de la sexualidad refleja las características básicas del principio de actuación y su organización de la sociedad. Freud subraya el aspecto de centralización. Este es

(45) Sin duda, toda forma de sociedad, toda civilización tiene que imponer el tiempo de trabajo para procurarse las necesidades y lujos de la vida. Pero no todas las formas y modos de trabajo son esencialmente irreconciliables con el principio del placer. Las relaciones humanas conectadas con el trabajo pueden «proveer una considerable descarga de impulsos de componente libidinal, narcisistas, agresivos e inclusive cróticos» (*El malestar en la cultura*, p. 34, nota). El irreconciliable conflicto no es entre el trabajo (principio de la realidad) y Eros (principio del placer), sino entre el trabajo *enajenado* (principio de actuación) y Eros. La noción de un trabajo libidinal no enajenado será discutida más adelante.

(46) Ver *infra*, capítulo IV.

esencialmente operativo en la «unificación» de los diversos objetos de los instintos parciales en un solo objeto libidinal del sexo opuesto y en el establecimiento de la supremacía genital. En ambos casos, el proceso unificador es represivo —esto es: los instintos parciales no se desarrollan libremente dentro de un «más alto» nivel de gratificación que preserva sus objetivos, sino que son mutilados y reducidos a funciones subalternas—. Este proceso logra la desexualización del cuerpo socialmente necesaria: la libido llega a estar concentrada en una sola parte del cuerpo, dejando casi todo el resto libre para ser usado como instrumento de trabajo. La reducción temporal de la libido es suplementada, así, por su reducción espacial.

Originalmente, los instintos sexuales no tienen limitaciones temporales y espaciales extrínsecas en su objeto y su sujeto: la sexualidad es por naturaleza «polimorfa perversa». La organización social de los instintos sexuales convierte en tabús como *perversiones* prácticamente todas sus manifestaciones que no sirven o preparan para la función procreativa. Sin las más severas limitaciones, ellas contraatacarían a la sublimación, de la que depende el crecimiento de la cultura. De acuerdo con Fenichel, «los impulsos pregenitales son el objeto de la sublimación» y la primacía genital es su prerrequisito (47). Freud se preguntó por qué el tabú sobre la perversión es mantenido con tan extraordinaria rigidez. Llegó a la conclusión de que nadie puede olvidar que las perversiones no son meramente detestables, sino también algo monstruoso y aterrador: «como si ejercitaran una influencia seductora: como si en el fondo una secreta envidia de aquellos que gozan con ellas tuviera que ser estrangulada» (48). Las perversiones parecen dar una *promesse de bonheur* más grande que la de la sexualidad «normal». ¿Cuál es la fuente de su promesa? Freud subrayó el carácter «exclusivo» de las desviaciones de la normalidad, su repudio del acto sexual procreativo. Las perversiones expresan así la rebelión contra la subyugación de la sexualidad al orden de la procreación y contra las instituciones que garantizan este orden. ¿La teoría psicoanalítica ve en las prácticas que excluyen o previenen la

(47) *The Psychoanalytic Theory of Neurosis*, p. 142

(48) *Introducción al psicoanálisis*, p. 282.

procreación una oposición contra la obligación de continuar la cadena de reproducción y por tanto de la dominación paternal: un intento de prevenir la «reaparición del padre» (49). Las perversiones parecen rechazar el completo esclavizamiento del ego del placer por el ego de la realidad. Exigiendo libertad instintiva en un mundo de represión, a menudo están caracterizadas por un fuerte repudio de ese sentimiento de culpa que acompaña a la represión sexual (50).

Gracias a su rebelión contra el principio de actuación en nombre del principio del placer, las perversiones muestran una profunda afinidad con la fantasía, como la actividad mental que «fue conservada libre de las condiciones de la realidad y permaneció subordinada sólo al principio del placer» (51). La fantasía no sólo juega un papel constitutivo en las manifestaciones perversas de la sexualidad (52); como imaginación artística, también liga las perversiones con las imágenes integrales de libertad y gratificación. En un orden represivo, que refuerza la ecuación entre normal, socialmente útil y bueno, las manifestaciones del placer por sí mismo deben aparecer como *fleurs du mal*. Contra una sociedad que emplea la sexualidad como medio para un final útil, las perversiones desarrollan la sexualidad como un fin en sí mismo: así se sitúan a sí mismas fuera del dominio del principio de actuación y desafían su misma base. Establecen relaciones libidinales que la sociedad debe aislar porque amenazan con invertir el proceso de la civilización que convirtió el organismo en un instrumento de trabajo. Son símbolos de lo que tiene que ser suprimido para que la supresión pueda prevalecer y organizar una más eficaz dominación del hombre y la naturaleza —son un símbolo de la destructiva identidad entre la libertad y la felicidad—. Más aún, permitir la práctica de perversiones pondría en peligro la reproducción ordenada no sólo del poder de trabajo, sino quizá inclusive de la humanidad. La fusión de Eros y el

(49) G. Barag, «Zur Psychoanalyse der Prostitution», en *Imago*, vol. XXIII, n.º 3, 1937, p. 345.

(50) Otto Rank, *Sexualität und Schuldgefühl*, Leipzig, Viena, Zurich, Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 1926, p. 103.

(51) *Los dos principios del suceder psíquico*, C. P., IV pp. 16-17.

(52) Rank, *Sexualität und Schuldgefühl*, pp. 14-15.

instinto de la muerte, precaria inclusive en la existencia humana normal, parece separarse en esas condiciones más allá del punto de peligro. Y la separación de la fusión hace manifiesto el componente erótico del instinto de la muerte y el componente fatal en el instinto sexual. Las perversiones sugieren la identidad última de Eros y el instinto de la muerte, o la sumisión de Eros al instinto de la muerte. La tarea cultural (¿la tarea vital?) de la libido —o sea, hacer el «instinto destructivo inofensivo»— (53) llega a ser aquí totalmente inútil: el impulso instintivo, en busca de una última e integral satisfacción, regresa del principio del placer al principio del Nirvana. La civilización ha reconocido y sancionado este supremo peligro: admira la convergencia del instinto de la muerte y Eros en las creaciones altamente sublimadas (y monogámicas) de la *Liebestod*, y en cambio proscribte las expresiones menos completas, pero más realistas de Eros como un fin en sí mismo.

No existe una organización social del instinto de la muerte paralela a la de Eros; la misma profundidad en la que el instinto opera lo protege de tal organización sistemática y metódica; sólo algunas de sus manifestaciones derivadas son susceptibles de ser controladas. Como un componente de la gratificación sadomasoquista, cae dentro de los estrictos tabúes sobre las perversiones. Sin embargo, el progreso total de la civilización es hecho posible sólo mediante la transformación y utilización del instinto de la muerte y sus derivados. La desviación de la destructividad original del ego al mundo exterior alimenta el progreso técnico, y el uso del instinto de la muerte para la formación del superego logra la sumisión punitiva del ego del placer al principio de la realidad y asegura la moral civilizada. En esta transformación, el instinto de la muerte es puesto al servicio de Eros; los impulsos agresivos proveen energía para la continua alteración, dominio y explotación de la naturaleza para el provecho de la humanidad. Al atacar, dividir, cambiar, pulverizar las cosas y los animales (y, periódicamente, también a los hombres), el hombre extiende su dominación sobre el mundo y avanza a niveles aún más ricos de civilización. Pero la civilización conserva la marca de su mortal componente:

(53) Freud. *El problema económico del masoquismo*. C. P., II, 260

...nos vemos casi obligados a aceptar la horrible hipótesis de que en la misma estructura y sustancia de todos los esfuerzos humanos constructivos y sociales está envuelto el principio de la muerte, que no hay impulsos progresivos sin límites de fatiga, que en el intelecto no puede proveer ninguna defensa permanente contra un vigoroso barbarismo (54).

La destructividad socialmente canalizada revela una y otra vez su origen en un impulso que vence toda utilización. Detrás de los múltiples motivos racionales y racionalizados a favor de la guerra contra naciones y grupos enemigos, a favor de la destructiva conquista del tiempo, el espacio y el hombre, el mortal compañero de Eros se manifiesta en la persistente aprobación y participación de las víctimas (55).

«En la construcción de la personalidad el instinto de destrucción se manifiesta a sí mismo con mayor claridad en la formación del superego» (56). Con toda seguridad, por su papel defensivo contra los impulsos «irrealistas» del id, por su función en la duradera conquista del complejo de Edipo, el superego construye y protege la unidad del ego, asegura su desarrollo bajo el principio de la realidad y trabaja así al servicio de Eros. Sin embargo, el superego consigue estos objetivos dirigiendo al ego contra su id, volviendo una parte de los impulsos destructivos contra una parte de la personalidad —«dividiendo» la unidad de la personalidad como totalidad mediante la destrucción—; así, trabaja al servicio del antagonista del instinto de la vida. La destructividad interiormente dirigida, sin embargo, constituye el centro moral de la personalidad madura. La conciencia, la más apreciada institución moral del individuo civilizado, sale a la luz atravesada por el instinto de la muerte; el imperativo categórico, que el superego refuerza, permanece como un imperativo de autodestrucción, al tiempo que construye la existencia social de la personalidad. La obra de la represión pertenece tanto al instinto de la muerte como al de la vida. Normalmente su fusión es saludable, pero la prolongada se-

(54) Wilfred Trotter, *Instincts of the Herd in Peace and War*, Londres, Oxford University Press, 1953, pp. 196-197

(55) Ver Freud. *¿Por qué la guerra?* C. P., V, 273 ss.

(56) Franz Alexander, *The Psychoanalysis of the Total Personality*, p. 159.

verdad del superego amenaza constantemente este saludable equilibrio. «Conforme más reprime un hombre su agresividad contra los demás, más tiránico, esto es, agresivo, llega a ser su ego ideal... y más intensas llegan a ser las tendencias agresivas de su ego ideal contra su ego» (57). Conducido al extremo, en la melancolía, «una pura cultura del instinto de la muerte» puede tomar el mando en el superego: puede llegar a ser un «lugar de reunión para los instintos de la muerte» (58). Pero este pliegro extremo tiene sus raíces en la situación *normal* del ego. Puesto que el trabajo del ego da por resultado una

...liberación de los instintos agresivos en el superego, su lucha contra la libido está expuesta a los peligros del maltratado y la muerte. Al sufrir bajo los ataques del superego, o quizá inclusive sucumbir a ellos, el ego se enfrenta a un destino semejante al de los protozoarios que son destruidos por los productos de desintegración que ellos mismos han creado (59).

Y Freud agrega que «desde el punto de vista económico (mental) la moral que funciona en el superego parece ser un producto de desintegración similar».

Es dentro de este contexto donde la metapsicología de Freud llega a estar cara a cara con la fatal dialéctica de la civilización: el mismo progreso de la civilización lleva a la liberación de fuerzas destructivas cada vez más potentes. Para elucidar la relación entre la psicología individual de Freud y la teoría de la civilización, será necesario resumir la interpretación de la dinámica instinta en un nivel diferente: el filogenético.

(57) *El Yo y el Ello*, pp. 79, 80

(58) *Ibid.*, pp. 77, 79.

(59) *Ibid.*, p. 84.

Indice

Primera parte	BAJO EL DOMINIO DEL PRINCIPIO DE LA REALIDAD	25
I	La tendencia oculta en el psicoanálisis	27
II	El origen del individuo reprimido (Ontogenesis)	37
III	El origen de la civilización represiva (Filogenesis)	65
IV	La dialéctica de la civilización	83
V	Interludio filosófico	105
Segunda parte	MAS ALLA DEL PRINCIPIO DE LA REALIDAD	123
VI	Los límites históricos del principio de la realidad establecido	125
VII	Fantasia y utopía	135
VIII	Las imágenes de Orfeo y Narciso	151
IX	La dimensión estética	163
X	La transformación de la sexualidad en Eros	183
XI	Eros y Tanatos	203
Epílogo	Critica del revisionismo neofreudiano	215
	Obras de Freud citadas en el texto	245